

BIENVENIDOS A LA “ERA DE LA POSVERDAD” EN LA UNIVERSIDAD PEDAGOGICA NACIONAL

RENAN VEGA CANTOR

Profesor Departamento de Ciencias Sociales

“Las redes sociales... son la invasión de los idiotas”.

Umberto Eco

En los últimos años, y raíz de múltiples acontecimientos políticos y electorales (entre ellos el *plebiscidio* en Colombia del pasado mes de octubre), se habla del comienzo de la “era de la posverdad”. Por tal se entienden dos cosas que están estrechamente unidas: propalar mentiras y rumores, sin que tengan una base real, como hacen los politiqueros y periodistas; y, difundir esas mentiras por los medios virtuales, hasta convertirlas en “verdades”. Así, se difunden grandes mentiras: el clima no está cambiando; Juan Manuel Santos es Castro-Chavista; el triunfo del sí en el *plebiscidio* hubiera generado una dictadura homosexual de las FARC en Colombia; hoy va a llover para arriba...

Las mal llamadas “redes sociales” se utilizan para difundir la posverdad, lo cual se facilita porque el celular (y sus múltiples derivados) se ha convertido en un incontrolable *esfínter tecnológico*, que genera *cistitis cerebro-emocional*, *incontinencia verbal* y hunde a la gente en la *cloaca del presentismo*. Sin pensar, sin reflexionar, llevado por un conductismo funcional, los individuos contestan el celular o responden mensajes como robots amaestrados. Es la esclavitud tecnológica que suprime el tiempo de la pausa y del pensamiento, para dar pasó a lo visceral, a lo inmediato. Por eso mismo, no puede existir democracia virtual, término que es un oxímoron. La democracia requiere tiempo para procesar las ideas, para que las decisiones sean el resultado de pensar en frío. Responder a través del celular, por el contrario, fomenta lo irracional, lo inmediato, conduce a la actuación espontánea y en caliente. Se empuña el celular para responder con lo primero que se le ocurre a una persona, en una especie de reflejo condicionado o de adicción virtual, que cierra automáticamente las puertas a una sana confrontación con el pensamiento crítico.

Hasta ahora se podía pensar que la posverdad era un asunto externo al mundo universitario, donde se supone prima la razón. Pero no es así. Concretamente, la UPN acaba de ingresar al mundo de la posverdad y lo ha hecho por la “puerta grande”, desde las altas cumbres del poder, desde la propia rectoría. En este caso nos estamos refiriendo a una auténtica *falacia*: la **renuncia** del rector, Adolfo Atehortúa. Es una falacia, porque sencillamente esa renuncia jamás ha existido, ni legal ni formalmente. Lo que se difundió fue un *rumor*, por medio de un mensaje de whatsapp, enviado por el propio rector, que no aparecía firmado, ni tenía destinatario específico (debería ser el Consejo Superior), ni portaba ningún sello de recepción en la oficina de correspondencia de la UPN, en el que conste que se surtieron los tramites y formalidades del caso. Según la misma versión del rector –a confesión de parte, relevo de pruebas– en su escrito “A la comunidad universitaria”, ya sabemos que fue lo que sucedió: el envío de un texto, que no era ninguna renuncia, a un grupo de personas de la UPN, que transformaron un rumor en una pretendida renuncia. El camino que

siguió el mensaje —tras el seguimiento del chismorroto virtual y de la diarrea verbal en whatsapp del sábado 25 de febrero— fue el siguiente: se le envía a un “un grupo de amigos”, entre los cuales se encontraba el secretario general, quien lo difunde por las “redes sociales”, junto con otros profesores (entre ellos de Ciencias Sociales y Educación Comunitaria). En esa difusión cumplen un papel activo, y nefasto, ciertos miembros de la actual junta directiva de ASPU, prestos a hacer caso, con obediencia y sumisión, a los dictados de la actual administración. Lo que aparentemente era una comunicación personal se transforma en la supuesta despedida del profesor Adolfo Atehortúa. Esta es, justamente, una de las características de la posverdad, hacer pasar como cierto lo que solo es un rumor y movilizar a favor del que originalmente lo difunde a ciertos sectores de la sociedad, en este caso de la comunidad de la UPN.

Resulta pasmoso que la gran mayoría de quienes se movilizaron, efímera y circunstancialmente, el lunes 27 de febrero en una “asamblea extraordinaria de ASPU-UPN” (una parodia) y en una asamblea triestamental, no haya reparado en el hecho de que en rigor el rector no había renunciado. Casi nadie después se ha cuestionado sobre ese hecho falaz. Lo más preocupante radica en que a raíz de esa falacia, Helbert Choachi, quien oficia al mismo tiempo como secretario general y profesor de planta en la UPN (y está en su “período de prueba” en esta última función), en una clara demostración de *incontinencia verbal*, haya empezado a proferir amenazas y condenas por anticipado. A través del whatsapp, el mencionado personaje bifronte difundió irresponsables mensajes en que sostiene, sin inmutarse,

Juntas Directivas (sic) SINTRAUNAL - UPN y SINTRAUPN.

[...] Ante la **carta de renuncia** [i!] que presenta el Rector Adolfo León Atheorthúa Cruz, la cuál (sic) ha circulado masivamente y es de su conocimiento, les expreso públicamente que respaldo al profesor Adolfo y que **rechazo la falta de autocrítica que ustedes como directivos sindicales** han tenido para asumir y enmendar **las falsas acusaciones de PLAGIO que han hecho en su contra** [...]

Helberth Choachi,

Docente, Secretario General

Esta puede considerarse como una pieza antológica del régimen de la posverdad. Primero porque da por cierto, lo que es un rumor, como es la supuesta renuncia del rector. Segundo, porque utiliza esa falacia como una forma de chantaje y de presión indebida para que los sindicatos se plieguen a la postura de la Administración. Tercero, dictamina, como si fuera juez y el asunto estuviera dilucidado, que los sindicatos acusaron de plagio al rector. Y lo llamativo es la manera como firma, en su condición de docente y Secretario General, porque eso introduce la duda de si *está dando una opinión o una orden*.

Ya va siendo hora que este personaje decida de una vez por todas qué es: o secretario general, (miembro de la Administración), o profesor, porque no puede seguir desempeñando esos dos cargos a la vez. Eso es, como se lo he manifestado personalmente y ahora lo escribo, un *hecho efectivo y práctico de corrupción*, inaceptable, censurable desde el punto de vista ético, y rompe además con la tradición de la UPN, según la cual durante su período de prueba (el primer año) un profesor que

ha ganado un concurso debe dedicarse a dictar clases –y hacerlo bien, con responsabilidad y cumplimiento– y no debe involucrarse en actividades administrativas.

Como, desde luego, los rumores tienen un objetivo, está claro que en este caso ha sido el de convocar a la comunidad de la UPN para respaldar a la actual Administración, porque siente que está perdiendo apoyo y eso lo reconoce el rector en su texto “A la comunidad universitaria”. Ese objetivo es legítimo en términos políticos, lo que no es tolerable es el mecanismo que se ha utilizado: *un rumor*. Esto se ha hecho con la finalidad de que cunda el pánico, ante la posibilidad de que termine en forma abrupta el actual gobierno universitario, y de ese rumor el primer responsable es el rector de la UPN. ¿Acaso el profesor Atehortúa no sabe que hoy por hoy cualquier mensaje virtual –por personalizado que sea–, ante la incontinencia verbal y la cistitis cerebral que caracteriza a los usuarios del whatsapp, se convierte de inmediato en un asunto de dominio público?

Que tal ha sido el objetivo, lo deja claro el hecho de que esa murmuración condujo a que se abriera en una página oficial de la web de la UPN un sitio con el nombre de “Declaraciones en torno a la renuncia (sic) del profesor Adolfo León Atehortúa Cruz, rector UPN” (Disponible en <http://agencia.pedagogica.edu.co/vernoticia.php?idnot=2615>). Peor aún, el rumor ha trascendido fuera de la UPN, como se evidencia con el hecho que el portal *El Observatorio de la Universidad Colombiana* ha difundido la noticia titulada “Rector de la U. Pedagógica Nacional habría renunciado a su cargo”, con fecha 28 de febrero. Esta noticia es sumamente grave, porque asume como ciertos los rumores al señalar: “Aunque no se ha confirmado por la Universidad, allegados al rector Adolfo León Atehortúa, dicen que es *verídica una comunicación en redes sociales* en la que éste expresa su decisión de retirarse **por la necesidad de someterse a una cirugía (sic), y además por el agotamiento y desencanto que tiene por disputas y conflictos internos, especialmente con los sindicatos.** La comunicación sería presentada por Atehortúa al Consejo Superior, que tendría que nombrar rector encargado hasta mediados de 2018”. [Disponible en: <http://www.universidad.edu.com/index.php/noticias/14456-rector-de-la-u-pedagogica-nacional-habria-renunciado-a-su-cargo>. (Énfasis en el original). Como puede verse, la irresponsabilidad en el manejo de un rumor, rebasa a los muros de la UPN.

El profesor Adolfo Atehortúa como historiador sabe que los rumores desempeñan un papel movilizador o tienen la finalidad de producir miedo, temor, pánico. Eso ha sucedido en reiteradas ocasiones, y al respecto sobresale la investigación pionera de Georges Lefebvre (*El gran pánico de 1789*, editado en 1932). Por ello, resulta cuestionable que en forma deliberada se haya difundido un rumor, que ha tenido como consecuencia obtener un apoyo coyuntural y fugaz, y condenar de antemano a ciertos sectores de la UPN, como si fuéramos enemigos de la actual administración, por el hecho de que hemos sido críticos de algunos de sus proyectos.

Si el Rector padece problemas de salud, como nos lo manifestó a finales del año anterior en una reunión con ASPU-UPN –antes de los enfrentamientos con los

sindicatos—, es normal que él necesite un tratamiento médico adecuado, luego de lo cual debe seguir al frente del cargo que ostenta. En ese sentido, le deseamos su pronta y efectiva recuperación. Lo que no es de muy buen recibo es que se culpe a los sindicatos (fomentando la cultura antisindical, que predomina en este país) de los problemas que aquejan a la actual Administración.

No hay que buscar el ahogado río arriba. En lugar de culpabilizar a ciertos “enemigos” como responsables de la “crisis de la UPN” —y a uno de los que se señala en distintos ámbitos con el dedo acusador es al autor de estas líneas—, debería convocarse y propiciarse en forma democrática el debate sobre los problemas de fondo de nuestra universidad. Allí entrarían temas como la urgente reforma orgánica y estatutaria; la precarización laboral de profesores, empleados y funcionarios; los problemas de financiación, por la disminución de los recursos que proporciona el Estado; la inviabilidad de seguir generando recursos propios; las perspectivas reales de la construcción de Valmaria...

El unanimismo no es bueno para la democracia, y en concreto para esta administración, la cual debería ser abierta a las críticas y al debate. Recordemos que algunos de los que hoy vociferan a favor del actual rector y dicen ser incondicionales, ayer fueron ibarristas u orozquistas (y algunos de ellos, incluyendo actuales miembros de la alta dirección de la UPN y del IPN, gozaron de importantes prebendas durante la nefasta rectoría de Oscar Ibarra). Seguro que mañana cambiaran de camiseta, si soplan en otra dirección los vientos del poder, y se alinearan con el ganador, sin importar quién sea. ¿Y qué van a decir ahora aquellos que se han movilizadado en forma tan sospechosamente beligerante a favor de la administración al saber que fueron engañados con una información falsa?

Bogotá, marzo 13 de 2017